

Papá ocupadísimo

No resulta extraño que Lorenzo Meyer haya tenido poco tiempo para estar con sus hijos si se considera que es profesor-investigador del Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México, comentarista de televisión (Canal 11 y canal 40), así como el escritor de varias obras fundamentales sobre las relaciones exteriores de México y la Revolución Mexicana.

Hay varias razones por las cuales decidí ser papá: estaba casado, queríamos tener hijos, la edad estaba a punto de hacer de mis hijos mis nietos (y eso debe ser un verdadero problema, pues se requiere energía para atender a los niños), había estabilidad económica... En fin, tuve dos hijos, pues la paternidad tiene límites, y ese número resultó más que suficiente, ya que era necesario dedicarles tiempo y recursos. A pesar de eso, tuve serias dificultades para pasar tiempo con ellos.

En otras palabras, he de admitir que la paternidad, lo digo con cierto pesar, la compartí con mi suegro. ¿Estuvo bien? ¿Estuvo mal? Las dos cosas. En ese momento esa era la única solución y hoy sigo convencido de ello. Pero el hijo no lo entiende, no puede entenderlo. A la edad de seis, diez años, los niños son los seres más egoístas que hay en el planeta. No obstante, así transcurrió mi paternidad: había alguien que les dedicaba tiempo: el abuelo, y otro, menos constante y más proveedor: el papá, es decir, yo.

En la actualidad, es frecuente que piense en la posibilidad de haber dedicado menos tiempo a mi trabajo, pero no fue así. Ser papá es un problema que no resolví nunca, que decidí no resolver; sin embargo, mis hijos están bien. Al final, dije: "Es parte de la naturaleza", y dejé de cuestionarme mi derecho a traerlos, mis carencias o mis excesos, para vivir el momento lo mejor posible. Mis hijos viven todavía con nosotros y ahora viajamos todos juntos, incluso con sus novias. ■